

Elogio de la Sociología*

Por Emilio Lamo de Espinosa

Señor,
Vicepresidenta,
Rector,
Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas,
Miembros del jurado,
Amigas y amigos:

Decía Gracián, comentaba el profesor Murillo Ferrol al recibir este mismo premio, y añado y glosó yo ahora, que si bien no es cierto que todas las malas acciones son recompensadas (a veces no lo son), sí lo es que ninguna buena acción se queda sin su merecido castigo. Lo sé por experiencia más que por ciencia.

Y como esto es un premio y no un castigo, me pregunto cuál es la mala acción a la que le debo este resultado.

Doy fe de que cuando me llamó Félix Requena para informarme de la concesión fue una sorpresa absoluta. Ni sabía que se iba a reunir el jurado, ignoraba su composición, y desde luego no lo esperaba, y no por modestia —aunque trato de controlarme, me temo que esa no es una de mis mayores virtudes—, sino porque estoy convencido de que hay otros muchos compañeros con tantos o mayores merecimientos. Como comentaba Cristóbal, aprendí de mi maestro Robert Merton aquello del efecto Mateo, y no lo olvido nunca. Para quienes no saben de qué hablo diré que el efecto Mateo en la ciencia es la acumulación de premios y reconocimientos que se produce como una bola de nieve, de modo que a quien tiene se le da, pero a quien no tiene incluso eso poco se le niega. Así pues, saber algo de sociología de la ciencia me ha ayudado a alimentar mi limitada modestia.

Que este premio me lo entregue SM es algo que, a la sorpresa, añade una sensación de enorme agradecimiento. Una compañía que me honra, por supuesto, pero que hoy honra sobre todo al gremio de sociólogos y politólogos. Lo importante y lo que creo debe ser destacado es que la Corona festeja hoy y reconoce la tarea que realizan los científicos sociales. Y pienso sobre todo en los miles que dan clase en universidades o colegios, investigan la opinión pública en institutos públicos o privados, diseñan políticas sociales o las planifican al servicio de

* Discurso del profesor D. Emilio Lamo de Espinosa, leído con motivo de la concesión del Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política 2016, durante el acto de entrega, celebrado el 22 de marzo de 2017.

ayuntamientos, comunidades autónomas, administración del Estado, ONG y un largo etcétera, que hoy se sentirán más reconocidos y apreciados. Y sospecho que lo necesitan.

Hace muchos años, allá por 1969 o 1970, decidí que aunque la jurisprudencia me había enseñado mucho (por ejemplo, me enseñó a manejar las palabras con precisión), me interesaba más conocer la realidad de una sociedad que entonces luchaba por cambiar y democratizarse. Por aquellos años mi generación pretendía reinventar el mundo. Lo hicimos, en cierto modo, pues re-descubrimos no pocas cosas cuyo valor ignorábamos. Desconfiábamos de los mayores; recordemos a Dylan: *Don't trust any over thirty*. La sociología era un instrumento más en esa re-inención de cosas, ya sabidas, pero que teníamos que re-aprender por nosotros mismos.

Efectivamente, la sociología es, de una parte, el intento de explicar y comprender el cambio social (explicar, *Erklaren*; comprender, *Verstehen*), un cambio social que se acelera a partir del siglo XVI. Pero la sociología es también, y quizá sobre todo, un proyecto político y moral de impulsar ese cambio, un proyecto de modernización, palabra gastada y usada, pero inevitable. No es casual que la sociología se ha institucionalizado académicamente antes en países, digamos atrasados, como España, que en países vanguardistas como Francia, Inglaterra o Alemania. Se trataba de impulsar la modernización allí donde no existía. Y no es casual tampoco que el renacimiento de la sociología española en la posguerra haya acompañado e impulsado lo que hoy llamamos transición, el gran proyecto modernizador que se desarrolla entre 1975 y el comienzo de este siglo. Un proyecto exitoso, tanto que ya en 1989, con ocasión de la conmemoración del pesimismo noventayochista, pude escribir (y no me arrepiento), que nunca en la historia de España este país había disfrutado de un tan largo periodo de libertad, prosperidad y seguridad como el que tuvo lugar bajo la Corona de su padre, el rey Juan Carlos I. Solo comparable, quizá, con el largo reinado de Carlos III, modelo, me consta, de quien hoy nos preside.

El éxito de la sociología española en este periodo, su institucionalización académica, su maduración científica e investigadora, su internacionalización, y su incorporación al discurso público, muestra un éxito que intentaré glosar hoy delante de tantas personalidades.

«Elogio de la sociología» podría ser, pues, el título de esta charla.

Sé que hay discursos negativos sobre la sociología. No los comparto y estoy convencido de que asistimos a un periodo en el que esta ciencia es más necesaria que nunca. La sociología es hija del cambio social y de la sensación de crisis, y su tarea hoy es la misma de siempre: entender ese cambio, que hoy aparece encubierto bajo una palabra clave: globalización.

Vayamos, pues, al comienzo de esa globalización.

Estas navidades, en el Real Instituto Elcano, hemos reeditado un precioso libro, *Il Primo Viaggio Intorno al Globo Terráqueo*, la crónica que escribió el genovés Antonio Pigafetta, uno de los 17 supervivientes de la hazaña de Magallanes-Elcano, relatando aquella fantástica empresa de la que pronto conmemoraremos 500 años. Quien lo lea se asombrará del enorme interés que ese europeo renacentista muestra sobre todo lo que ve en esa primera circunnavegación: costumbres, alimentos, lenguajes, utensilios, todo le asombra, todo le fascina. Con aquel relato renacían los libros de viaje que, al hilo de las grandes navegaciones de altura, iban a acompañar el descubrimiento por Europa de los miles de modos y maneras de vivir la experiencia humana. Comenzábamos a descubrir algo que hoy es una obviedad: que Europa, Occidente, es solo una pieza de un puzzle mucho más vasto y que hay muchos modos de ser

humano. No todos valen lo mismo, por cierto, en contra de relativismos baratos, pero de casi todos se puede aprender algo. Con Pigafetta, Europa comenzó ese aprendizaje de lo ajeno, que hoy continuamos.

Pero faltaba que esa mirada de asombro sobre lo ajeno se volviera sobre sí misma. Fue un ilustrado francés, dieciochesco, culto, aristócrata, el Juan Bautista de la sociología como lo llamaba Raymond Aron, quien iba a darle la vuelta a esa mirada. Y, en *Las Cartas Persas*, el barón de Montesquieu hace la pirueta de ponerse en el lugar de unos viajeros persas que recorren Europa y se asombran de lo que ven. No se asombran de lo ajeno, sino de lo propio, Europa les resulta extraña y sienten la necesidad de entenderla y de explicarla. Montesquieu le ha dado la vuelta al espejo y ahora nos miramos en él.

El interés por la propia sociedad se gestó así, como un libro de viaje interior, una exploración, no de lo ajeno (de eso se encarga la antropología), sino de lo propio. Nacía así el punto de vista de la sociología, la observación participante; estar en la acción, pero observándola casi de medio lado, como un *voyeur*.

Desde entonces los sociólogos somos viajeros persas que exploramos los espacios ignorados de nuestra propia sociedad. Los periodistas lo saben bien, y siempre que hay un tema del que nadie parece saber nada aseguran que es una cuestión «sociológica». En su ingenuidad tienen razón, pues somos la vanguardia exploradora, los «adelantados» del conocimiento social, si me permiten recoger este término con tanta historia. Por ello la sociología es una ciencia sintética, que no admite especialidad alguna, algo olvidado en nuestros planes de estudio.

Y es por ello que la tarea del sociólogo es doble. De una parte aclarar lo que es oscuro, ilustrar, levantar el mapa de las muchas *terras incognitas* que habitamos sin saberlo bien. Aclarar lo confuso.

Pero hay una segunda tarea quizá más importante: problematizar lo que parece obvio o está oculto, lo que pasa desapercibido, lo *taken-for-granted*, una tarea en la que la sociología del conocimiento lleva la vanguardia. Cuando los sociólogos enfocaron la violencia de género, o el trabajo femenino oculto, o la dependencia familiar, estaban problematizando fenómenos cotidianos que dábamos por supuesto. Antes lo hicieron con la pobreza, o la desigualdad, o la delincuencia o los barrios marginados, o la emigración. La ciencia, social o no, es solo las respuestas que damos a las preguntas que nos hacemos, no hay conocimiento sin interés. Si no hacemos las preguntas adecuadas nunca tendremos buenas respuestas ¿Por qué ignoramos lo que ignoramos, cuando podríamos saberlo? Por volver a nuestros clásicos, lo importante no es el contexto de justificación de la ciencia sino el contexto del descubrimiento, y Hans Reichenbach estaba equivocado.

Así pues, resolver problemas, pero también generar problemas. Por eso somos casi siempre incómodos. Qué le vamos a hacer.

Se trata de atreverse a saber, *sapere aude*. Kant aseguraba que eso es la Ilustración, y nos animaba a ello. Hoy no hace falta animarnos pues no podemos permitirnos el lujo de la ignorancia, y ese autoanálisis es ya rutinario y sistemático. Son cientos, si no miles, los centros de estudio e investigación que recopilan datos y elaboran modelos sobre casi cualquier aspecto de la realidad social que podamos imaginar. Datos y modelos sin los cuales sería de todo punto imposible gestionar la enorme complejidad de las sociedades actuales. Hablamos mucho de sociedades del conocimiento, pero casi siempre olvidamos que estas lo son también del conocimiento social, y no solo del científico-natural.

¿Y en qué consiste ese autoanálisis? En dos tareas esenciales que deberían figurar en el pórtico de las facultades de sociología, y que responden a las dos dimensiones de la condición humana. Pues los hombres vivimos en un mundo de cosas, de realidades materiales, producto del trabajo vivo que se alza sobre el trabajo muerto de las generaciones anteriores. Pero vivimos también en un mundo de representaciones y símbolos, que son producto de la comunicación humana, que se alza sobre las construcciones simbólicas de generaciones anteriores. Trabajo y comunicación, entrelazados.

Pues bien, la primera tarea la expresó Marx al señalar que los hombres, que hacemos la historia y la sociedad, no sabemos bien lo que hacemos. Y no es casual que Hayek o Popper, en las antípodas ideológicas, decían lo mismo: la sociedad es un producto humano, pero no del diseño humano.

De modo que la sociología no es sino el intento de devolver a los hombres la conciencia de lo que entre todos producimos sin saber bien qué producimos, un ejercicio de autoanálisis, de autoconocimiento, un socioanálisis. Entramos aquí en el fértil territorio de las CNI de la acción. Por ello, frente a modelos conspirativos que creen que cuanto ocurre es resultado de algunas minorías hiperinteligentes que manipulan el mundo, la sociología nos enseña que es más bien resultado de la ignorancia, las pasiones, el apresuramiento y la torpeza humana, resultado pues de la hipointeligencia, más que de la hiperinteligencia conspirativa. Es lo que Hannah Arendt llamaba la banalidad del mal.

Pero la segunda idea que debe figurar en el pórtico de nuestras facultades es que, sean como sean las cosas, los humanos no actuamos en función de la realidad misma, sino en función de cómo la percibimos, de modo que, junto a la construcción material del mundo, está la construcción simbólica. Los sociólogos repetimos un *dictum* famoso para aludir a ello, atribuido a William Thomas: si los hombres definen las situaciones como reales, éstas son reales en sus consecuencias. *Dictum* que lleva en sí mismo su confirmación, pues no fue Thomas quien lo escribió sino su esposa, Dorothy Swine, aunque el patriarcalismo borró su nombre para atribuir todo el mérito a su marido. Y por ello, porque la realidad se nos presenta siempre de manera engañosa, sesgada, alcanzar la verdad es tarea laboriosa. La sociología debe así comenzar levantando los velos de la ideología y la mistificación, despojándonos de prejuicios y estereotipos para ir a las cosas mismas, como decía Ortega con frase robada de la fenomenología. Y de nuevo es pertinente señalar que tanto Marx como Durkheim, de nuevo en las antípodas ideológicas, estaban de acuerdo. Traspasar el sentido común, el modo usual de ver las cosas, decía el segundo; desvelar las apariencias, decía el primero.

Ardua tarea esta, pues nos obliga nada menos que a poner en solfa, a pensar el pensamiento mismo que pensamos, pensar, pues, a ambos lados del pensamiento, como quería Wittgenstein o reiteraba, recientemente, Bourdieu. Un pensamiento constituyente, y no solo constituido.

En la época del posmoderno constructivismo sociológico que niega la verdad, y en la era de la pos/verdad política, que no es sino el constructivismo llevado a la política (y no es en absoluto casual la conexión, basta pensar en algún partido político de gran actualidad en España), hay que recordar que las cosas sí son de alguna manera, más allá de los significados, «flotantes o no», que les otorgamos. En la época, pues, del predominio de microideologías que se expresan en 140 caracteres pero se ignoran, nuestra tarea es más necesaria que nunca: construir la verdad contra las apariencias y los prejuicios.

Hoy tenemos por delante otra tarea inmensa, que tiene también que ver con los prejuicios o los hábitos de pensamiento, con lo que Ortega llamaba creencias. Charles Tilly identificó hace tiempo el primero de los postulados malignos de la ciencia social, a saber, la creencia de que «el mundo todo se divide en “sociedades” distintas cada una con su cultura, gobierno, economía y solidaridad, más o menos autónoma». Tenía razón, pero más aún hoy. Pues las sociedades nacionales o, para ser más precisos, las sociedades estatalmente articuladas, propias de los tres pasados siglos, han saltado por los aires.

Basta pensar en el árbol inmenso de división del trabajo (cadenas de valor, dicen los economistas), que nos permite llevar en el bolsillo un teléfono móvil, para caer en la cuenta de que ha sido necesaria la colaboración de cientos de personas de docenas de países para que pueda hacer una simple llamada de *whatsApp*. Llevamos el mundo en el bolsillo. Cada vez que usamos el teléfono o le damos a la llave de contacto de nuestro automóvil, estamos movilizándolo el mundo entero. Pero tras la globalización de capitales y mercancías, ha llegado la de las personas y las culturas. Se mezclan productos, por supuesto, pero también ideas, lenguas, literaturas, gastronomías, religiones. Ajustar nuestra conciencia a esa realidad global es el nuevo reto de la sociología.

La sociología debe abandonar la fascinación estatalista que, como un velo mistificador, nos hace filtrar todo en función de esos mapas coloreados donde cada país tiene su sitio, como si viviéramos en mónadas leibnizianas, aisladas unas de otras. Se ha dicho, con razón, que hay un hegelianismo oculto en la tradición sociológica que hace del Estado-Nación el referente empírico de la palabra «sociedad». Ciertamente, seguimos pensando el mundo a través del filtro cognitivo de una colección de 193 unidades estatales supuestamente capaces de ser entendidas y gestionadas en aislamiento unas de otras. Tenemos que repensar ese pensamiento de modo que nuestra tarea hoy es pensar el mundo como una unidad, pues lo es. Nuestra conciencia, como nuestra experiencia, es local, está territorializada; no puede ser de otro modo. Pero nuestro ser social, la realidad que sustenta nuestra vida cotidiana, es global, y por vez primera en la historia de la humanidad, desde que esta salió de África hace unos 170.000 años, vivimos una sola historia y somos una sola sociedad. Terencio hoy sí tiene razón, nada humano nos es ajeno, y tenemos una economía-mundo, por supuesto, pero también un terrorismo global y una seguridad-mundo, una demografía-mundo, una cultura-mundo, una ciencia y una tecnología-mundo, un clima-mundo, y así sucesivamente. Una sociedad global pero articulada en unidades políticas westfalianas.

Amigos —y voy terminando—, la sociología no está en crisis, al contrario. Asistimos al triunfo rotundo del discurso sociológico que, tras el jurídico y el económico, domina debates y discusiones. Si queremos recobrar el prestigio que tuvimos hace pocos años el remedio es sencillo: hacernos las preguntas relevantes. Luego veremos si tenemos o no datos disponibles o, como nuestros clásicos, tenemos que producirlos. Nuestra tarea no es solo hacer ciencia; es hacer ciencia para la sociedad, ciencia útil, ciencia relevante. No somos los observadores externos de la sociedad, como piensan muchos, sino el instrumento del que esta se vale para conocerse y gestionarse. El CIS lo sabe, y lleva practicando ciencia útil hace muchos años. Y si las universidades no lo saben hacer, los *think tanks* les robarán el protagonismo. Ya lo están haciendo.

Señor, es ya la hora de los agradecimientos, hora de terminar.

Mi agradecimiento a Félix Requena, anterior presidente del CIS, y a Cristóbal Torres, por sus generosas palabras, aunque estos elogios suenan siempre un poco a epitafios. Me alegra mucho, querido Cristóbal, que seas tú el encargado de pronunciarlas. Hemos trabajado mucho juntos, hemos publicado mucho juntos.

Lo que no es tradición es plagio, de modo que uno aprende primero de los maestros, y luego de los compañeros en una tarea siempre incompleta. Gracias a mis maestros, a Carlos Moya principalmente, y a mis compañeros, a Luis Rodríguez Zúñiga, perdido prematuramente, y a Julio Carabaña, de quien he aprendido mucho, entre otras cosas valor y sencillez. Cuanto más aprendes mejor conoces la vastedad de la ignorancia humana.

Gracias a quien es desde hace muchos años al tiempo mi mano derecha y mi mano izquierda, ordena mis tareas y aporta siempre un poco de alegría a mi trabajo, a Mar Esteban.

A mis padres, que estarían encantados de participar hoy —sospecho que no darían crédito, como yo tampoco lo hago—, y que espero estén viendo este acto desde algún lugar que desconozco.

Gracias a mi nieta mayor, que ha querido acompañarme hoy. Qué mejor compañía que la tuya, María.

Y sobre todo, sobre todo, gracias a mi compañera desde que allá por 1965 tuve la enorme suerte de encontrarla en la sala de lectura de la vieja Facultad de Derecho de la Complutense. Sé bien, Paloma Abarca, que odias toda publicidad y todo protagonismo, pero de esta no te libras, pues tú, los tres hijos, y los ocho nietos, que hemos tenido son, sin duda, lo mejor de mi vida, y hoy tengo que reconocerlo y reconocértelo. Gracias, Paloma.

Y gracias a todos ustedes por acompañarnos y haber tenido la paciencia de escucharme.

He terminado.

In Praise of Sociology*

By Emilio Lamo de Espinosa

Sir,
Vicepresident of the Government,
Rector,
President of the Centro de Investigaciones Sociológicas,
Members of the Jury,
Friends:

Gracián said, as mentioned by Professor Murillo Ferrol on receiving this same prize, and as I mention now, that although it is not true that all bad deeds are rewarded (sometimes they are not), it is true that no good deed is left without its deserved punishment. I know this from experience rather than from science. And as this is a prize and not a punishment, I ask myself what was the bad deed to which I owe this result.

I can attest that when Felix Requena called me to inform me that I had been given this prize it was a complete surprise. I had no idea that the jury was meeting, no idea of its composition, and of course, I had no expectations, not for my modesty – although I try to control myself, I fear that modesty is not one of my greater virtues –, but because I am convinced that there are many of my colleagues with as many or greater merits. As Cristóbal commented, I learned from my mentor Robert Merton about the Matthew effect and I have never forgotten it. For those who do not know what I am talking about, I would say that the Matthew effect in science is the accumulation of prizes and recognition that becomes like a snowball: those who have are given, but those who do not have even a little, are denied. Thus, knowing something of the sociology of science has helped feed my limited modesty.

That this prize has been given to me by *His Majesty* is something that, as a surprise, adds a feeling of enormous gratitude. His presence honours me, of course, but today honours, above all, all of us who work in the fields of sociology and political science. What is important and what I believe should be emphasised is the Crown today celebrates and recognises the work that social scientists do. And I think, above all, of the thousands that give classes in universities and schools, study public opinion in public and private institutions, design social policies and plan the services of local, regional and state administrations, the NGOs and a long etcetera, who today should feel greater recognition and appreciation. I suspect that they need it.

* Speech by Professor Emilio Lamo de Espinosa read on the occasion of the reception of the 2016 National Sociology and Political Science Prize, held on March 22nd, 2017.

Some years ago, around 1969 or 1970, I decided that although the law had taught me a lot (for example, it taught me to manage my words precisely), I was interested in understanding the reality of a society that was then fighting for change and democracy. In those years my generation wanted to reinvent the world. We did it, to an extent, as we rediscovered many things whose value we had ignored. We did not trust our elders; let's remember Dylan: *Don't trust anyone over thirty*. Sociology was one more tool in this reinvention of things already known, but that we had to relearn for ourselves.

Essentially, sociology is, on the one hand, the intent to explain and understand social change (to explain, Erklären; to understand, Verstehen), a social change that accelerated beginning in the 16th century. But sociology is also, and perhaps above all, a political and moral project to foster this change, a project of modernisation, an overused but unavoidable word. It is not by chance that sociology first became academically institutionalised not in vanguardist countries such as France, England and Germany, but in countries that we might refer to as backward, such as Spain. This was an attempt to promote modernisation where it did not yet exist. It is also not by chance that the rebirth of Spanish sociology after the war accompanied and fostered what we today call the transition, the great modernising project that developed between 1975 and the beginning of this century. A successful project, so much so that by 1989, on the occasion of the commemoration of the pessimism of '98, I could write (and I do not regret having done so), that never in Spain's history had this country enjoyed such a long period of freedom, prosperity and security as we had under the Crown of your father, King Juan Carlos I. Perhaps, this is only comparable with the long rein of Carlos III, model, I know, for whom presides over us today.

The success of Spanish sociology in this period, its academic institutionalisation, its maturation as a science and in research, its internationalisation, and its incorporation into public discourse, reveals a success that I will try to sketch out today in front of so many personalities.

"In praise of sociology" could be the title of this talk.

I know that there are negative discourses regarding sociology. I do not share them and I am convinced that we are witnessing a period in which this science is more necessary than ever. Sociology is the daughter of social change and of the sensation of crisis, and its task today is the same as always: to understand this change, which today appears to be addressed by a key word: globalisation.

Let's go then to the beginning of this globalisation.

This Christmas in the Real Instituto Elcano, we re-issued a wonderful book: *Il Primo Viaggio Intorno al Globo Terráqueo*, the journal that the Genoese Antonio Pigafetta, one of the 17 survivors of the incredible Magellan-Elcano expedition, wrote during the first circumnavigation of the globe, in which he reports on that fantastic adventure that will soon celebrate 500 years. Whoever reads it will marvel at the tremendous interest that this European of the Renaissance showed toward what he saw on that grand voyage: customs, food, languages, tools; he was amazed and fascinated by everything he encountered. With this account, travel books, which followed the course of the great navigations of the period, were reborn and would inform Europe's discovery of the thousands of ways of living the human experience (I think this sentence flows better like this). We began to discover something that today appears obvious: that Europe, the West, is only one piece of a much vaster puzzle, and there are many ways of being human. Simple relativisms aside, it is true that not all have the same value, but

we can learn something from almost all of them. With Pigafetta, Europe began to learn from that which is foreign, which continues today.

But this look of astonishment regarding that which is foreign was not turned inward. It would be an enlightened, 18th century, Frenchman, educated, aristocratic, the Juan Bautista of sociology, as Raymond Aron called him, who would do so. In his *Persian Letters*, the Baron de Montesquieu made a pirouette, putting himself in the place of Persian travellers touring Europe who marvel at what they see. They do not marvel at what is foreign, but what is near; Europe is strange to them and they feel the need to understand and explain it. Montesquieu has turned the mirror around and now we are looking in it. Interest in our own society was thus generated, like a travel book into our interior; an exploration, not of that which is distant (that was the responsibility of anthropology), but rather of that which is known. The sociological perspective was born in this way, participant observation: being involved in the action, but observing it almost from the side, like a *voyeur*. Since then, sociologists are Persian travellers who explore the spaces ignored in our own society. Journalists know this well, and always when there is an issue that no one seems to understand, we are assured that it is a “sociological” issue. In their ingenuity they are right, as we are the exploring vanguard, the “advanced” of social knowledge, if you permit me to use a term with so much history. For this reason sociology is a synthetic science, which accepts no speciality, something forgotten in our study plans.

For this reason sociology has a dual task. On one hand it reveals that which is hidden; it explains, it maps the many unknown lands that we inhabit without knowledge. It makes clear the confusing.

But there is a second and perhaps more important task: to problematise what seems obvious and what is hidden, what goes unnoticed, the taken-for-granted, a task in which the sociology of knowledge is in the vanguard. When sociologists focus on gender violence, or on the hidden work of women, or on family dependence, they are problematising daily phenomena that we take for granted. Before, this was done with poverty, and inequality, and crime and marginal neighbourhoods, and emigration. Science, social or not, is only the answers we give to the questions that we ask ourselves; there is no knowledge without interest. If we do not form adequate questions, we will never have good answers. Why do we ignore the things we ignore when we could know them? To return to our classics, what is important is not the context justifying science but the context of discovery; Hans Reichenbach was wrong.

This is how we resolve problems, but also generate them. For this reason we are almost always uncomfortable. What are we to do? It's about taking the risk to know, *sapere aude*. Kant assured us that this is enlightenment, and he encouraged us to do so. Today we do not need any encouragement, as we cannot permit ourselves the luxury of ignorance, and this self-analysis is now routine and systematic. There are hundreds, if not thousands, of schools and research centres that gather data and develop models on every aspect of social reality that we can imagine. Without these data and models it would be impossible to manage the incredible complexity of current societies. We talk a lot about the knowledge society, but we almost always forget that this knowledge is also social, and not only scientific-natural.

What does this self-analysis consist of? In two essential tasks that should appear above the entry-way of all sociology faculties, and which respond to two dimensions of the human condition. Men live in a world of things, of material realities, the product of living labour built on the dead labour of previous generations. But we also live in a world of representations and

symbols, the product of human communication, which is built on the symbolic constructions of previous generations. Labour and communication, intertwined.

The first task was indicated by Marx, who pointed out that as we make history and society, we do not understand what we do. It is not by chance that Hayek and Popper, representing the ideological antipode of Marx, said the same thing: society is a human product, but not of human design.

Thus, sociology is the attempt to return to men the awareness that what we produce together we do so without knowing well what it is we produce; it is an exercise in self-analysis, self-knowledge, a socio-analysis. We enter here into the fertile territory of an intelligence service in action. As a result, in contrast to conspiratory models that are based on the belief that what occurs is the result of some hyper-intelligent minority that manipulates the world, sociology teaches us that it is more likely the result of ignorance, of passions, of haste and human blundering; the result of hypo-intelligence rather than a conspiratorial hyper-intelligence.

This is what Hannah Arendt referred to as the banality of evil.

But the second idea that should appear above the entry-way of our faculties is that, however things are, we humans do not act based on actual reality, but rather based on how we perceive that reality; thus, along with the material construction of the world, is its symbolic construction. Sociologists repeat that famous dictum attributed to William Thomas to allude to this: "If men define situations as real, they are real in their consequences". This is a dictum that carries its own confirmation, as it was not Thomas who wrote it, but his wife, Dorothy Swaine, although patriarchy erased her name, attributing all the merit to her husband. Because reality always appears to us in a biased, misleading manner, reaching the truth is a laborious task. Sociology should thus begin lifting the veils of ideology and mystification, stripping us of our prejudices and stereotypes to go to *the thing itself*, as Ortega said using a phrase robbed from phenomenology. And it is again pertinent to point out that Marx and Durkheim, also at ideological antipodes, were in agreement. The latter referring to shifting common sense, the usual way of seeing things; while the former referred to revealing appearances. This is a difficult task, as it obliges us to do nothing less than to place into question, to think about, the thoughts that we think; to think both sides of thought, as Wittgenstein wanted or more recently Bourdieu reiterated. A constituting and not only constituted thought.

In this post-modern sociological constructivist epoch that denies truth, and in this era of *post-truth* politics, which is only constructivism carried into the political sphere (and this is not just an accidental connection: just think of any of the currently major political parties in Spain), we must remember that things are in some way, more than the meanings, "floating or not", that we give them. In this epoch, then, of the predominance of micro-ideologies that are expressed in 140 characters but are immediately ignored, our job is more necessary than ever: construct the truth in the face of appearances and prejudices.

Today we have another immense task facing us, which also has to do with the prejudices or habits of thought we have, with what Ortega called beliefs. Charles Tilly some time ago identified the first of his pernicious postulates of social science, namely, the belief that "the world as a whole divides into distinct 'societies', each having its more or less autonomous culture, government, economy and solidarity". He was right then, and even more so today. As national societies or, to be more precise, societies articulated through states, specific to the past three centuries, have exploded.

Just think of the immense division of labour (value chains, as the economists say), that allows us to carry a cell phone in our pockets, to realise the necessary collaboration of hundreds of people from dozens of countries so that we can make a simple *whatsApp* call. We carry the world in our pocket. Every time we use the telephone or we start our cars, we are mobilizing the entire world. But after the globalisation of capital and goods, has come that of persons and cultures. We mix products, but also ideas, languages, literatures, gastronomy, religions. To adjust our awareness to this global reality is the new challenge to sociology.

Sociology must abandon its statist fascination, that mystifying veil that leads us to filter everything through those multi-coloured maps in which each country has its place, as if we lived in Leibnitzian monads, isolated from each other. It has been said, and rightly so, that there is a hidden Hegelianism in the sociological tradition that makes the nation-state the empirical reference for the word "society". Clearly, we continue thinking of the world through the cognitive filter of a collection of 193 state units, supposedly capable of being understood and managed in isolation from each other. We have to rethink this mode of thinking; our task today is to think of this world as a unit, as that is what it is. Our awareness, like our experience, is local, is bordered; it cannot be any other way. But our social being, the reality that sustains our daily lives, is global, and for the first time in the history of humanity, since we left Africa 170,000 years ago, we are living a single history and we are a single society. Terence, today, is right, nothing human is alien to us, and we have a world economy, of course, but also global terrorism and a world security, a world demography, a world culture, a world science and technology, a world climate, and on and on - a global society, but articulated in Westphalian political units.

Friends – and now I will finish -, sociology is not in crisis, quite the contrary. We are seeing the clear triumph of sociological discourse that, behind the legal and the economic, dominates debates and discussion. If we want to regain the prestige that we had just a few years ago, the remedy is simple: ask ourselves relevant questions. Then we will see if we have the available data or not, or, as did our classics, we have to produce them. Our task is not just to do science; it is to do science for society, useful science, relevant science. We are not outside observers of society, as many think, but an instrument that is used to understand and manage it. The CIS knows this, and has been practising a useful science for many years. And if the universities do not know what to do, *think tanks* will rob them of their centrality.

Sir, it is now the moment to express my gratitude and to finish. My thanks to Felix Requena, the previous president of the CIS, and to Cristobal Torres, for his generous comments, although the praise also sounds a bit like an epitaph. It makes me very happy, dear Cristobal, that it is you that was responsible for those words. We have so often worked together and written so much together.

